

EL COMIENZO DE LA HISTORIA

Manuel Castells

¿PUNTO DE PARTIDA?

La Historia humana no llega a su fin, sino que apenas comienza en estos momentos, si por historia de una determinada especie biológica se entiende la posibilidad de que dicha especie exprese lo que la distingue de otras, a saber, en este caso, su capacidad de crear universos mentales susceptibles de convertirse en formas materiales.

Durante milenios, los hombres y las mujeres han luchado cotidianamente por sobrevivir. Por sobrevivir contra la dureza de una naturaleza inclemente, muy lejana en su realidad concreta de la imagen idílica que trazan los ideólogos contemporáneos desde el confort de sus sociedades industrializadas¹. Por sobrevivir a las enfermedades devastadoras y al hambre que asoló Europa hasta el siglo XVIII². Por sobrevivir a la opresión arbitraria y asfixiante de Estados absolutos y señoríos omnipotentes frente al débil, hasta el punto de que los derechos humanos son quizá el bien más escaso del que haya disfrutado nuestra especie en su larga marcha a través del terror³. Y, sobre todo, por sobrevivir a la guerra, a esa guadaña periódica de vidas y proyectos que, también durante milenios y hasta hace tan sólo unos años, ha sido la experiencia atroz de casi cada generación.

Una experiencia cuya vivencia, cuyo recuerdo pasado y cuya posibilidad futura fue siempre el eje clave de la existencia individual y colectiva de los humanos. Como la primavera y el invierno, en un momento de la vida de las personas llegaba la guerra y luego la paz, siempre amenazada, siempre suspendida del hilo de las estrategias y traicionada en los recovecos de las ambiciones. El hambre, la enfermedad, la tortura, la prisión y la guerra, en su realidad o en su potencialidad, han formado, con distintas intensidades, la trama esencial de la vida humana hasta hoy.

El momento que estamos viviendo es tal vez uno de los pocos tiempos históricos en que la palabra revolución adquiere su verdadero sentido. Porque en estos momentos, en Europa y en otras áreas del llamado Norte, en una geopolítica de la esperanza de inciertas fronteras, parece llegarse, para la gran mayoría de la población y, por tanto, para la sociedad como tal, a la superación de las grandes privaciones materiales, a la asunción de la libertad política y los derechos humanos y, sobre todo, a la paz como vivencia y como horizonte. En el sentido más fundamental, el proceso en curso es, puede ser, ojalá sea, la salida del túnel de la prehistoria en la que la naturaleza (o sea, la fuerza bruta) dominaba a la humanidad, en la que

¹ Fernand Braudel, *Civilisation Matrielle et Capitalisme. XV-XVIII Siècle*, París: Armand Colin, 1973.

² Raymond Aron, *Dix-Huit leçons sur la société industrielle*, París: Gallimard, 1964.

³ Nicos Poulantzas, *La gauche, le pouvoir, le socialisme*, París: Presses Universitaires de France, 1978.

los aparatos del poder (o sea, el arbitrario armado) aherrojaban a la sociedad y en la que la guerra (o sea, la destrucción organizada) torturaba los cuerpos y obsesionaba las vidas. Estamos saliendo a la luz de la Historia, a la posibilidad de controlar y orientar nuestra propia evolución como sociedades, naturalmente con las contradicciones y conflictos de toda organización humana, pero dentro de márgenes de convivencia, de racionalidad, de cooperación y de consenso. Obviamente, continúan, y continuarán, la injusticia, la dominación y, en cierto modo, la violencia. Pero en una parte fundamental de nuestro planeta está emergiendo un orden social, económico, político y moral que sienta las bases para una civilización humana y humanista en el sentido estricto del término, es decir, que se constituye en torno a valores, compartidos y defendidos por la inmensa mayoría, que hacen de la convivencia social, la legitimidad política y el progreso económico, elementos definitorios de la organización de las sociedades. En ese sentido, hemos salido del reino de la Necesidad (aunque no de las múltiples necesidades) y hemos llegado al reino de la Libertad (aunque la defensa de las libertades nunca se acaba). Y es en el pleno ejercicio de esa libertad como la especie humana puede empezar a vivir su propia historia, en vez de agotar su experiencia en crear las condiciones para poder asumirse como humana en toda la extensión de su identidad biológico-cultural.

¿Por qué aquí y ahora?

LA GRAN MUTACION

Si por un momento hacemos abstracción de algunas áreas del planeta (a las que, naturalmente, regresaremos en nuestro análisis para articularlas en una visión global) y si nos centramos en el corazón geopolítico del proceso de transformación histórica, es decir, Europa, la gran mutación se debe a la convergencia de tres grandes procesos inter-relacionados que, en su conjunto, determinan el fin de la guerra entre los grandes bloques militares: la revolución tecnológica informacional, la integración de la economía mundial y de la política europea-occidental y el fin del comunismo

como sistema. Aunque los tres procesos son de sobra conocidos es importante recordar sus características para analizar sus relaciones e interpretar el sentido de su simultaneidad histórica.

La revolución tecnológica, que ha madurado durante la década de los ochenta a partir de las grandes innovaciones de los años setenta (recuérdese: el microprocesador se inventa en 1971, la recombinación del ADN en 1973, el ordenador personal en 1975), representa un salto cualitativo en nuestras capacidades productivas y de gestión en la medida en que hace penetrar la ciencia en la generación, tratamiento y transmisión de la información, es decir, el proceso central de la actividad humana⁴. La información desempeña en la actual revolución tecnológica el papel que jugó la energía en las dos revoluciones industriales⁵. Y, al igual que la energía, la información se caracteriza por sus efectos intersticiales en el conjunto de la actividad humana: por eso se trata de una revolución tecnológica, que afecta a todo el sistema y no solamente al proceso productivo y al mundo del trabajo, aunque éste sea su ámbito primero de desarrollo⁶. El hecho de que esta revolución tecnológica esté centrada en la información conecta directamente, por primera vez en la historia, la capacidad cultural y científica de las sociedades con el desarrollo de las fuerzas productivas, a condición de que dicha conexión se efectúe realmente a través de una organización social, institucional y empresarial que canalice la capacidad de manipulación simbólica hacia los procesos de producción informacionales⁷. En la medida en que las máquinas programadas van asumiendo la materialidad de las tareas productivas, es la capacidad de programación y, por tanto, de invención simbólica estructurada, la que determina el control de la productividad económica y la potencia tecnológico-militar, fuentes de la riqueza y del poder⁸. La capacidad tecnológica liberada en este proceso es tal que si las sociedades fueran capaces de superar las trabas derivadas de su propia organización, existen las bases materiales para la abundancia generalizada. En Europa Occidental, como se sabe, en lugar de hambre se ha pasado a la sobreproducción estructural de productos agrícolas y en Estados Unidos el 3 por 100 de la población activa produce bastantes productos agrícolas para ali-

⁴ Tom Forester, *High Tech Society*, Oxford: Basil Blackwell, 1987.

⁵ Bruce R. Guile (editor), *Information Technologies and Social Transformation*, Washington D. C.: National Academy Press, 1985.

⁶ Manuel Castells, *The Informational City*, Oxford: Basil Blackwell, 1989.

⁷ Manuel Castells, *Nuevas Tecnologías, Economía y Sociedad*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, lección inaugural del curso 1988-89.

⁸ Martin Landau y Nathan Rosenberg (editores), *The Positive Sum Strategy*, Washington D. C.: National Academy Press, 1987.

mentar a todo el país y aún exportar el 50 por 100 de su producción. Y la introducción de la biotecnología y las tecnologías de información en la agricultura no han hecho sino empezar. De la misma forma que es en los años noventa cuando asistiremos a la penetración generalizada de la informatización y la telecomunicación en los servicios, permitiendo liberar las enormes bolsas de productividad potenciales de estos sectores, verdadero obstáculo al crecimiento global de nuestras economías⁹. De ahí la necesidad de proceder simultáneamente a la modernización tecnológica y a la expansión de los mercados mundiales para que el extraordinario avance por el lado de la oferta se corresponda de forma equilibrada con un incremento paralelo de la demanda¹⁰.

En este sentido, lo que es decisivo es que también en la década de los ochenta se constituye, por primera vez en la historia, una economía global funcionando como unidad cotidiana en tiempo real. No se trata de un proceso de internacionalización de la economía, sino de su globalización¹¹. Los historiadores demostraron hace tiempo que el capitalismo fue, desde sus inicios, un sistema articulado en una dimensión mundial¹². Y la internacionalización de la economía es un proceso secular que se ha acelerado considerablemente desde los años cincuenta. Sin embargo, lo que es realmente nuevo es que el conjunto de las economías (y aún más las economías de la zona de la OCDE) se han interpenetrado tan profundamente que forman una sola realidad económica, una economía global en la que se interrelacionan cotidianamente por encima de las fronteras capital, trabajo, mercancías, servicios, tecnología e información, haciendo obsoletas definitivamente las economías nacionales como unidad de gestión y de estructuración de la actividad productiva. En ese sentido, no se trata tan sólo de que el comercio internacional sea el motor de la actividad económica mundial, sino de que la actividad económica es mundial, tanto para las grandes multinacionales (los agentes centrales del nuevo sistema económico) como para las pequeñas y medias empresas que se articulan en redes de subcontratación y comercialización con un marco de referencia internacional, como, en fin, para los mismos

Estados, que ya no pueden definir políticas económicas nacionales, sino políticas económicas referidas a un marco global a partir de intereses socio-políticos definidos en un contexto nacional.

Cabe señalar que la constitución de esta economía global y, en general, de un sistema mundial interpenetrado en todos los ámbitos sólo ha sido posible a partir de la revolución tecnológica reciente y de la constitución de sistemas de información telecomunicados, así como de un sistema global de medios de comunicación audiovisuales¹³.

La interpenetración económica y tecnológica en un sistema indisoluble prima objetivamente la preponderancia de las grandes unidades de gestión en el sistema mundial, tanto en términos de la dimensión del mercado como de los recursos científico-tecnológicos, como del peso político de los poderes públicos¹⁴. Estados Unidos, por su propia constitución histórica, disfrutaba de una importante ventaja comparativa en el nuevo sistema. Japón supo crear una masa crítica suficiente para la primera fase de desarrollo del nuevo modelo, a partir de un enorme esfuerzo por ensanchar su mercado interno y por acrecentar su capacidad tecnológica endógena, aunque probablemente su vulnerabilidad en términos de recursos propios le llevara en el futuro a una estrategia expansionista. Europa tuvo que reaccionar como colectividad histórica para resistir a la integración subordinada de sus distintos países como entidades aisladas en un nuevo mundo estructurado en torno al eje del Pacífico. El nacionalismo francés y la necesidad alemana de mantenerse abierta hacia el este de Europa (en una visión cuya justeza demuestra la historia reciente) crearon, paradójicamente, las condiciones para una aceleración de la unidad europea como respuesta a la creciente satelización económica, tecnológica y estratégica de los distintos países europeos con respecto al eje americano-japonés. El Acta Unica, el horizonte 1993 y la aceleración de la construcción de la Europa política están creando, en pocos años, el mayor mercado del mundo, una concentración significativa de recursos científico-tecnológicos y una capacidad colectiva de intervención política en el proceso de reestructuración del orden mundial.

⁹ Wallace O. Sellers, «Technology and the Future of the Financial Services Industry», *Technology and Society*, vol. 7, págs. 1-9, 1985.

¹⁰ Giovanni Dosie *et aliter*, *Technological Change and Economic Theory*, Londres: Pinter Publishers, 1988.

¹¹ Kenichi Ohmae, *Triad Power. The Coming Shape of Global Competition*, Nueva York: Mac Millan, 1985.

¹² Immanuel Wallerstein, *The Capitalist World Economy*, Nueva York: Oxford University Press, 1989.

¹³ Mark Hepworth, *Geography of the Information Economy*, Londres: Pinter Publishers, 1989.

¹⁴ Manuel Castells, *El Impacto de las Nuevas Tecnologías en la Economía Mundial*, Madrid: Instituto de Estudios de Prospectiva, Ministerio de Economía y Hacienda, 1990.

En un sentido fundamental, Europa, por encima de las diferencias y de las querellas nacionalistas, ha sabido responder al desafío histórico que le había planteado la transformación económica y tecnológica de la última década.

Ahora bien, el acontecimiento histórico que revela el cambio de época, y no sólo el cambio de siglo, es el fin del comunismo como realidad histórica y como utopía representativa de los valores de la prehistoria de la humanidad. Pero el carácter súbito, el ritmo rapidísimo y el tono de inevitabilidad histórica que han caracterizado el dismantelamiento y, en cierto modo, el suicidio del sistema comunista están profundamente relacionados con las transformaciones estructurales económicas y tecnológicas a las que me he referido. De otro modo no se explica el hundimiento de un sistema que durante décadas resistió a todas las presiones sociales y a todas las ansias de libertad de los individuos y pueblos sojuzgados por el Estado soviético, tal y como demuestran las represiones que soterraron rebeliones tan importantes como las de Berlín en 1953, Poznan en 1956, Hungría en 1956, Praga en 1968 o Polonia en 1970. Los movimientos sociales y las luchas democráticas en los países del Este no fueron la causa sino la consecuencia de las transformaciones emprendidas desde la cúspide del sistema, aunque al ser permitidos e incluso estimulados, dichos movimientos de democratización desbordarán con mucho los cauces que se les habían trazado inicialmente hasta hacerse fuertes y orientar por rumbos y a velocidades no previstas el proceso de cambio iniciado desde el poder soviético.

Aún estamos viviendo el proceso de formación de nuevas sociedades y nuevos sistemas políticos en Europa del Este, y no es evidente que los partidos comunistas, o sus herederos orgánicos, desaparezcan enteramente en la Unión Soviética, en Bulgaria, en Hungría, en Yugoslavia y, menos aún, en otros contextos, como en China, Vietnam o Cuba, en los que el partido comunista fue un componente decisivo de lo que en su momento histórico fue un movimiento de liberación nacional. Pero lo que ha desaparecido ya en Europa del Este y se encamina a su desaparición en la Unión Soviética (y probablemente en el resto del mundo) es el sistema comunista, tal y como he analizado en otros escritos¹⁵. Es decir, un sistema caracterizado por la dominación del partido sobre el

Estado y del Estado sobre la sociedad, mediante el doble mecanismo de la economía estatizada planificada centralmente y de la imposición del dogma ideológico marxista-leninista. Ese sistema ha sido ya desterrado por el proceso de cambio histórico, aunque no todavía enterrado, en la medida en que los estertores de quienes han sido sus sujetos sociales producirán tremendas convulsiones de incalculables consecuencias. En cualquier caso, a mediados de 1990 puede ya hablarse de una situación democrática, dentro de todas las limitaciones de un proceso de transición, en toda Europa del Este, con la excepción de Albania y, tal vez, de Yugoslavia y de Rumania. Y también de una marcha, que parece irreversible, de la Unión Soviética hacia la economía de mercado, hacia la democracia política y hacia la descolonización, con el resultado inevitable de la redefinición institucional del Estado soviético y de su desmembramiento en una serie de repúblicas soberanas cuyos lazos futuros serán inciertos.

¿Por qué, cómo y por qué ahora se produce este gran cambio histórico que lleva al fin del comunismo? La contestación a esta pregunta es fundamental en la medida en que de ella depende el que podamos considerar la reversibilidad o irreversibilidad, a largo plazo, del proceso en curso. En ese sentido, mi propuesta analítica es que es necesario ligar la revolución del sistema con el proyecto inicialmente reformista de la *perestroika* y éste con las transformaciones económicas y tecnológicas que constituyen un nuevo paradigma histórico en la década de los ochenta¹⁶. Gorbachov y el grupo reformista del PCUS, enlazando con la problemática Jruschoviana, llegan al poder, tras varios intentos de inmovilismo post-breznevianos, con el propósito de superar una paradoja fundamental: casi setenta años después de la revolución, el país más grande del mundo, con inmensos recursos y con una población educada y laboriosa, vive en condiciones crecientemente inferiores a las de las naciones industrializadas del Oeste, hasta el punto de que es el único país en el que aumenta en la última década la mortalidad infantil. Al mismo tiempo, la Unión Soviética es incapaz de asimilar la revolución tecnológica informacional, por su retraso en la microelectrónica, la informática y las telecomunicaciones y por la concentración de sus recursos científicos e industriales en el complejo militar-industrial, agujero negro del que nada se difunde¹⁷. De ahí que

¹⁵ Manuel Castells, «El fin del comunismo», en *Claves* (Madrid), núm. 1, abril 1990.

¹⁶ Véase Carlos Taibo, *La Unión Soviética de Gorbachov*, Madrid, 1989.

¹⁷ Observaciones derivadas de una investigación en curso sobre la Unión Soviética, conducida a partir de la Universidad Autónoma de Madrid por Manuel Castells, con trabajo de campo realizado en septiembre-octubre de 1989 y en mayo de 1990.

se llega al absurdo de una sociedad que gasta, al menos, el 15 por 100 de su PIB y el 25 por 100 de su presupuesto en gastos militares, y en donde sectores enteros están bajo control militar (la electrónica, las telecomunicaciones, la aeronáutica, la construcción naval, la automoción pesada, buena parte de la química, etc.), pese a lo cual la carrera tecnológica iniciada por los Estados Unidos con el programa de la Guerra de las Galaxias en 1983 amenaza de rápida obsolescencia a una máquina militar soviética que ha asimilado mal las tecnologías de información en su forma descentralizada, ligada a una estrategia bélica más ágil y más flexible¹⁸. Es decir, tanto en el ámbito de la riqueza material como del poderío militar, el sistema comunista llega a sus propios límites y toma conciencia, desde dentro del mismo, de su fracaso histórico: los trabajos econométricos de Aganbegyan muestran cómo la tasa de crecimiento del PIB soviético va descendiendo desde 1971 hasta llegar al estancamiento precisamente en 1985, conforme las fuentes de crecimiento van pasando de los factores cuantitativos (adición de capital y trabajo) a factores cualitativos (tecnología, gestión empresarial, flexibilidad y eficiencia en la asignación de recursos)¹⁹. De hecho, las primeras reformas de Gorbachov (ingeniero agrónomo, testigo del increíble fracaso de la agricultura soviética) se dirigen a la industria de máquinas herramientas, con la esperanza de que la incorporación de nuevas tecnologías a dicha industria se difundan en el conjunto del tejido productivo soviético. Pero sucede, en ese proceso tecnocrático de modernización tecnológica, lo mismo que en otros países y otros sistemas: el incrementar la capacidad tecnológica de una gestión ineficiente aumenta, no disminuye, el grado de ineficiencia. De ahí que Gorbachov, hacia 1987, entiende el que no hay posibilidad de modernización tecnológica y empresarial sin reforma económica. Pero también entiende, y ésa es una prueba de su extraordinaria visión, que no dispondrá de los recursos económicos necesarios sin una reducción de gastos militares (que requiere el desarme y, por tanto, la distensión real) y que no contará con los recursos políticos requeridos para tratar las contradicciones del proceso de reforma sin una apertura democrática y liberalizadora. En este sentido, la *perestroika*, *glasnost*, el desarme y la prueba fehaciente de esa paz buscada, es decir, la descolonización de Europa del Este, son elementos nece-

sarios y articulados de una misma estrategia a la que va llegando Gorbachov de forma pragmática y poco controlada. Pero a partir de la apertura política e ideológica se produce la irrupción de la sociedad y de los nacionalismos reprimidos que desbordan definitivamente a la *perestroika* y dejan a Gorbachov en la posición de negociar su propia línea de conducta, siempre a remolque de los acontecimientos en el seno de la Unión Soviética. El resultado, sin embargo, y con las salvedades que introduciremos posteriormente, es la aceleración del dismantelamiento del sistema comunista y la renuncia de la Unión Soviética a ejercer su papel de gran potencia en términos militares.

La conjunción de la revolución tecnológica, de la integración de las economías en un sistema global, de la unidad europea, del mantenimiento de los sistemas de cooperación entre los siete grandes occidentales, del fin del comunismo, de la democratización de la Europa del Este y del pacifismo concreto de la Unión Soviética ha llevado ya al fin de la guerra fría (con el derribo del muro de Berlín: la nueva historia empieza el 9 de noviembre de 1989) y conduce a corto plazo al fin de los bloques militares, tal vez bajo la forma paradójica de una asociación futura de la Unión Soviética con la Alianza Atlántica. Esta situación permite una aceleración del proceso de desarme, una estabilización de la paz mundial y una reasignación de los enormes recursos enterrados en sistemas de destrucción destinados a no ser nunca utilizados hacia usos productivos y sociales. La paz duradera y sin tensión, en un horizonte sin límites temporales, es el material fundamental del que está hecha nuestra nueva historia, es decir, la verdadera historia humana.

LA NUEVA SEGREGACION HISTORICA DE LAS SOCIEDADES HUMANAS: EL CUARTO MUNDO

Las perspectivas abiertas por las transformaciones en curso se ensombrecen gravemente a partir de la consideración del carácter selectivo y desigual de dichas transformaciones en las distintas áreas del mundo y al interior de las sociedades. En particular, sería un sarcasmo pretender que se ha superado la lucha contra el hambre y las enfermedades cuando mueren en este planeta mil niños por día. Y cuando la guerra sigue matando

¹⁸ Manuel Castells y otros, *The State and Technological Policy*, Berkeley: BRIE, University of California, Research Report, 1988.

¹⁹ Abel Aganbegyan, *The Economic Challenge of Perestroika*, Bloomington, Indiana: Indiana University Press, 1988.

por cientos, por miles y por cientos de miles en casi todas las latitudes. Y cuando la tortura es una práctica cotidiana de la mayoría de los gobiernos hoy existentes y cuando la libertad política y los derechos humanos son todavía un anhelo insatisfecho para muchos pueblos. Las sociedades democráticas e industrializadas deben tomar conciencia concreta del hecho de que constituyen una isla de paz, libertad y prosperidad (aun en toda la relatividad de los términos) en el proceloso mar de una Humanidad sufriente en su gran mayoría.

Sin embargo, este recordatorio elemental y necesario no debe ocultar el reconocimiento del inicio de una nueva historia, aunque es esencial situar el proceso de transformación que estamos viviendo en el contexto global de miseria y de opresión del que está surgiendo. Es más, la contradicción entre la creatividad colectiva de la nueva historia y la negatividad concreta de la situación de buena parte de las sociedades humanas puede generar procesos de destrucción que contrarresten, e incluso ahoguen, el impulso transformador de la nueva época. Para entender y evaluar la fuerza de dichos procesos potencialmente destructores hay que diagnosticar con precisión cuáles son las sociedades marginadas de la nueva historia y cuáles son las causas de dicha marginación²⁰.

En efecto, no es cierto, en contra de la imagen difundida en la opinión pública, que el Tercer Mundo en su conjunto vea agravarse su situación ni que aumente, de forma general, el desfase en la dinámica de desarrollo entre el Norte y el Sur²¹. Si bien es cierto que África y América Latina han visto estancarse su crecimiento económico durante la década de los ochenta (y en algunos casos, como Perú, su PIB ha caído espectacularmente) Asia en su conjunto está creciendo en los últimos años a una tasa media del 6 por 100 anual²². Y Asia comprende al 67 por 100 de la población mundial. Ese crecimiento no se limita tan sólo al caso espectacular de los «cuatro tigres del Pacífico», cuya trayectoria en los últimos veinticinco años demuestra que es posible el despegue económico en el nuevo sistema mundial a partir de una posición atrasada y dependiente, sino que también abarca otros países: China ha crecido durante los años ochenta a tasas entre el 8 y el 10 por 100, Tailandia lo está haciendo al 11 por 100,

Malasia y Filipinas al 6 y al 7 por 100, mientras que la India e Indonesia han dado muestras de una importante vitalidad económica y crecen entre el 4 y el 5 por 100 en los últimos años de la década. Incluso en América Latina, el dinamismo de la economía chilena, la reactivación y el saneamiento de la economía mexicana, la capacidad exportadora de las empresas del Sur industrializado de Brasil o la estabilización de la economía boliviana tras la hiperinflación de 1985 muestran que la carga de la deuda no es una losa definitiva que ahoga cualquier esfuerzo de desarrollo²³. La visión simplista, fatalista, arcaica, según la cual el Tercer Mundo está condenado y es víctima de un Norte insolidario expoliador de sus recursos es empíricamente falsa e ideológicamente interesada, formulada en estos términos de generalidad. Más grave todavía: esa simplificación y globalización del problema impide un diagnóstico adecuado de la grave crisis que se vive en el planeta en su conjunto y, por tanto, oscurece las vías de su superación.

El proceso fundamental que vive el llamado Tercer Mundo es su desintegración como entidad relativamente homogénea²⁴. Corea del Sur o Singapur están más cercanos de Europa en términos de desarrollo económico y social que de Filipinas o Indonesia. Pero aún más importante es el caso de que São Paulo está más alejado socialmente de Recife que de Madrid. E, incluso, que en el propio Estado de São Paulo la Avenida Paulista y la ciudad obrera de Osasco pertenecen a constelaciones socio-económicas diferentes. No sólo en términos de desigualdad social, sino de diferencias de dinámica y de segmentos de cultura. El Tercer Mundo ha dejado de existir, fraccionado entre, por un lado, un proceso de desarrollo desigual de países, regiones y ciudades, que van incorporándose, aun con grandes contradicciones, a un nuevo modelo de desarrollo mundial, altamente dinámico y, por otro lado, una desvinculación progresiva de segmentos de economías y sociedades, de países, de regiones y de grupos sociales, que dejan de tener interés funcional y económico para el sistema en su conjunto, al ser demasiado pobres para constituir mercados y demasiado atrasados para valer como fuerza de trabajo en un sistema productivo basado en la información y en donde las materias primas ven disminuir rápida-

²⁰ Alain Touraine, *La Parole et le Sang. Politique et Société en Amérique Latine*, París: Editions Odile Jacob, 1988.

²¹ World Bank, *World Development Report*, Washington D. C., 1989.

²² Linda G. Martin (editora), *The ASEAN Success Story*, Honolulu: University of Hawaii Press, 1987.

²³ Véase Fernando Calderón y Mario Dos Santos, *Las transformaciones de América Latina*, Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, en prensa.

²⁴ Nigel Harris, *The End of the Third World*, Londres: Penguin Books, 1987.

mente su valor relativo. Lo que en otros textos he llamado «la nueva dependencia»²⁵, fundamentalmente ligada a un atraso tecnológico acumulativo, conduce a una segmentación de las sociedades y a una incorporación fraccionada de dichos segmentos a la red global de interdependencia. Todas las sociedades son atravesadas por dicho proceso, pero la gran diferencia reside en la proporción de la población que se incorpora al nuevo modelo dinámico y en el papel jugado por cada elemento del sistema en ese proceso de incorporación. De esta forma, el comienzo de la historia se produce en condiciones de segregación de una parte importante de la población del planeta, pero no en los términos peligrosamente simplificados del Norte contra el Sur, sino de una forma más compleja y más insidiosa, en donde grupos sociales, culturas, regiones y, en algunos casos, países se convierten en irrelevantes para la dinámica económica y la lógica funcional del sistema y pasan a constituir problemas sociales (y, por tanto, de orden público internacional) o cuestiones morales (y, por tanto, reciclables como desahogos caritativos) dejando de ser sociedades en pie de igualdad con el resto de la especie.

Los segmentos así desechados, ya sea en el South Bronx, en La Courneuve, en el altiplano andino, en los ranchos de Caracas, en las villas miseria porteñas, en los «pueblos jóvenes» peruanos, en los bidonvilles de Argel o en las aldeas iraníes devastadas por la modernización de la «revolución blanca», se resisten a desaparecer en los basureros planetarios en donde se acumulan los fragmentos inservibles de humanidad, en torno a la plataforma de lanzamiento de la nueva Historia. Su reacción es multiforme, pero siempre combina algunas de las expresiones siguientes:

a) La violencia cotidiana como forma de vida, desde las bandas de niños abandonados que asolan las calles de las ciudades del Cuarto Mundo hasta el asesinato fútil como afirmación personal.

b) Lo que he llamado en mis trabajos «la conexión perversa» de las economías periféricas desconectadas de los centros de la economía mundial²⁶, mediante la economía del narcotráfico y las otras formas de economía criminal (contrabando, tráfico ilegal de armas, trata de mujeres, blanqueo de dinero, etc.), una economía que, en su conjunto, podría superar en valor, según algunas estimaciones, a la industria electrónica mundial.

c) Las explosiones colectivas desesperadas, y apenas politizadas, en forma de saqueos en las grandes ciudades, en la línea de los hechos de São Paulo, de Caracas, de Rosario y de tantos otros lugares y momentos que no saltaron a los titulares de la prensa mundial.

d) Y, sobre todo, el llamamiento irracional y primitivo a la identidad cultural, étnica o religiosa, en la forma del fundamentalismo fanático, ya sea en su versión religiosa (fundamentalismo islámico) o ideológico (fanatismo marxista-leninista del tipo de Sendero Luminoso en Perú). Es la lógica de la exclusión que responde a la lógica de la exclusión. Si el desarrollo del nuevo sistema crea la irrelevancia de una parte importante de la población mundial, los individuos y las sociedades así ignoradas (que no explotadas), reducidos a una condición de subhumanos, responden con la redefinición autónoma de los criterios de humanidad y declaran no-humanos, «infieles», «satánicos» o «explotadores» a quienes se integran en el nuevo sistema. Así planteada la relación de la no-relación, la consecuencia lógica es la resistencia suicida o la guerra de exterminio, la alteridad total llevada hasta sus últimas consecuencias, es decir, el terrorismo indiscriminado y generalizado como arma última del excluido. El terrorismo fundamentalista será (es ya) la guerra mundial del siglo XXI.

Sin abordar, tratar y resolver los problemas esenciales de exclusión, que no de subdesarrollo, que conciernen a una parte sustancial del planeta, la Humanidad no podrá emprender la gran singlatura hacia la esperanza colectiva. La civilización no podrá vivir en una isla protegida por dispositivos electrónicos y oficinas de inmigración.

LA ARDUA TRANSICION A LA HISTORICIDAD

La Historia nunca fue un recorrido predeterminado por un sentido extra-social, ya fuese éste de origen divino o derivado de la lógica de las fuerzas productivas. Tampoco lo es la nueva historia que comienza. De hecho, las perspectivas grandiosas que se abren para la Humanidad dependen fundamentalmente de cómo se gestione y dirija la transición hacia la nueva sociedad, partiendo de los problemas del pasado que aún constituyen una parte esencial de nuestro presente. Es

²⁵ Manuel Castells y Roberto Laserna, «The New Dependency», en *Sociological Forum*, verano 1990.

²⁶ Manuel Castells, «High Technology and the New International Division of Labour», en *International Labour Review*, octubre 1989.

el tiempo de la Política, de la gran política, de la política como capacidad de acción colectiva para transformar nuestro destino y el de las generaciones futuras. En contraposición a la ideología espontánea de las tertulias de café, podría demostrarse (pero no en este texto) que nunca la política ha sido tan importante y su contenido tan decisivo para la cotidianeidad de las sociedades. Por eso es particularmente deleznable el contemplar, en muchas de nuestras sociedades, la obsesión de la opinión pública, y en particular de los medios de comunicación, con las pequeñas miserias humanas que siempre han acompañado cualquier gestión en cualquier país, en el momento mismo en que se empiezan a vislumbrar los grandes debates colectivos, de inciertas soluciones, en los que se juega el porvenir de la Humanidad. Pero como fase previa a la orientación hacia el porvenir, la tarea estratégicamente decisiva es la política de la transición histórica.

El eslabón débil de esa transición es el hecho de que si el fin del comunismo es irreversible, no lo es en cambio la situación política en la Unión Soviética. Y el resto del proceso de transformación depende precisamente de que la Unión Soviética, aún hoy una gran potencia en todos los sentidos, establezca su situación y prosiga una evolución hacia la paz, la prosperidad y la democracia en el concierto de las naciones. Todavía está por pasar la prueba de fuego de la desintegración de la economía centralizada, de la abolición de las mafias de la economía paralela, de la democratización del sistema político y del desmembramiento institucional del imperio soviético, pasando a una nueva asociación entre Estados soberanos. Y el peligro no son sólo, ni fundamentalmente, los sectores conservadores del aparato soviético, sino los centros de decisión potencialmente desempleados del complejo militar-industrial, las poderosas mafias locales de las distintas repúblicas, los nacionalismos exacerbados e irredentistas (incluido el ruso), el fundamentalismo islámico de las repúblicas asiáticas y el populismo demagógico capaz de destruir la estabilidad del poder reformista en aras de un protagonismo personal para sus líderes. El gran proceso de transformación de la Unión Soviética, aun liderado por una personalidad excepcional de visión, de coraje y de habilidad como Gorbachov, se enfrenta a una clase política y a una *intelligentsia* extraordinariamente inmaduras que razonan frecuentemente en términos estrictamente morales, lo que equivale a la irres-

ponsabilidad política. De hecho, del conocimiento directo que he podido tener de la realidad soviética en 1989-90²⁷, una de las impresiones más sorprendentes y de más largo alcance es que una importante fuerza de estabilidad y de gradualismo de la reforma es precisamente la KGB, que ha asumido las responsabilidades del Estado y de la continuidad de los intereses de la Unión Soviética como poder mundial para superar sin desgarramientos excesivos el proceso de transición del sistema social. Cualquiera que sea la realidad de esta observación impresionista, lo que parece esencial, para el conjunto de la transformación histórica a nivel mundial, es el controlar las poderosas fuerzas centrífugas y, por qué no decirlo, revolucionarias que se están desencadenando en la Unión Soviética. Si los movimientos sociales de todo orden que están surgiendo con extraordinaria fuerza se enfrentan sin medición política a un aparato sin perspectivas en una situación de caos económico, la vuelta atrás es posible. Pero, tal y como decían unánimemente los científicos políticos soviéticos que participaban conmigo en el debate sobre el tema organizado por la Escuela del Komsomol en Moscú en mayo de 1990, la vuelta atrás no sería a Breznev, sino a Stalin, es decir, a una represión implacable a millones de personas, como única forma de mantener el poder el tiempo suficiente para asegurar la sucesión a partir de los intereses del aparato. Lo que tal reacción podría desencadenar en términos de política internacional es absolutamente imprevisible, pero no puede excluirse una huida adelante en términos de confrontación mundial.

En esas condiciones, forma parte esencial de la nueva política de las naciones democráticas industrializadas (es decir, en términos de instituciones internacionales, de la OTAN) el contribuir a la estabilización del poder de Gorbachov y al despliegue gradual de la *perestroika*. Ello no implica solamente, ni fundamentalmente, créditos bancarios o ayuda económica, sino, ante todo, la integración de la Unión Soviética a la esfera occidental en términos de intercambios comerciales, de modernización tecnológica y de instituciones políticas comunes. La audacia en las iniciativas en ese sentido (en la línea innovadora iniciada en la cumbre de Londres de la OTAN en julio de 1990) corresponde a las grandes potencias occidentales y, en particular, a la Comunidad Europea, que debe imponer al aliado americano la renuncia a la tentación de constituirse en potencia mundial en solitario. El tejer una multitud de redes de relación

²⁷ Manuel Castells, trabajo de campo en la Unión Soviética, 1990.

entre la Unión Soviética y Occidente en todas las dimensiones es la única fórmula que garantiza, a la vez, la irreversibilidad del proceso de cambio en la Unión Soviética y la desaparición definitiva de la división del mundo en bloques.

La integración Este-Oeste no hará sino dejar paso a nuevos desarros prehistóricos si no se procede simultáneamente a la reunificación de los fragmentos sociales, económicos y culturales en las relaciones llamadas Norte-Sur. Ello implica fundamentalmente el asumir el problema del desarrollo económico, tecnológico y social del conjunto del planeta como una política global que sólo los gobiernos pueden conducir y orientar, aunque sus agentes sean las empresas en una economía que será de mercado por los siglos ²⁸.

Pero junto a la estrategia de desarrollo compartido, que hay que entender como parte del interés fundamental del Norte industrializado, será necesario tratar problemas aún más profundos y más explosivos, como es el de la identidad cultural exacerbada y el de los nacionalismos intransigentes que amenazan, en el Tercer Mundo y en Europa, con redistribuir las cartas del juego político mundial entre grandes convulsiones destructoras de la civilización colectiva y universalista que estamos creando. En el momento en el que la revolución tecnológica hace factible la realización histórica de los objetivos históricos planteados en su día por la Ilustración sin caer en el despotismo ilustrado implícito en su planteamiento original, el neo-romanticismo nacionalista de finales del siglo XX enlaza con las raíces más primitivas de los pueblos y amenaza una cascada de reacciones xenófobas, racistas y localistas que pueden hacer retroceder la construcción del nuevo orden universal hacia los parámetros estrechos de identidades no comunicables.

Ahora bien, la transición al espíritu universal no puede hacer abstracción de las identidades culturales concretas construidas en la memoria colectiva de las sociedades. Tiene que partir de ellas, adicionarlas, sintetizarlas, sublimarlas y superarlas sin disolverlas, restándolas su carga de agravios comparativos, estableciendo puentes de comunicación y articulando sus identidades en la descentralización de las instituciones políticas y en el espacio común del imaginario colectivo de los medios de comunicación audiovisuales. El nuevo orden mundial podría aproximarse más a la federación de comunas con que soñaron los libertarios

que a la Sociedad de las Naciones que insinúan los Estados nacionales para pervivir en un sistema mundial. Pero, eso sí, con una cultura comunicada en el universo audiovisual y una economía estructurada en torno a la trama global de las grandes empresas.

En fin, la transición a la nueva Historia exige la conducción política del cambio tecnológico, de forma que la extraordinaria fuerza productiva que se introduce en nuestro sistema no suscite reacciones de resistencia al cambio por parte de desempleados estructurales, de poblaciones desprovistas súbitamente de sus valores básicos (familia, naturaleza) o de intelectuales desplazados de su función de oráculos de la verdad y valedores de la justicia. La transformación tecnológica no podrá realizarse sin una transformación social e institucional que abra cauces a un modo de vivir en el que la capacidad de pensar determina el rendimiento del producir.

LOS NUEVOS HORIZONTES

En la incierta hipótesis de que nuestras sociedades sean capaces de gestionar la transición hacia el pleno desarrollo de los grandes ejes de la transformación en curso, podríamos abordar las tareas características de la nueva historia.

A partir de un nivel de vida suficiente garantizado para todos los ciudadanos (de forma inevitablemente desigual), en base al incremento sustancial de la productividad y a la ampliación y diversificación de los mercados, podremos plantearnos el redefinir la condición humana, modelando al fin los rasgos esenciales de nuestra existencia. El desafío así planteado es multidimensional, pero puede ilustrarse enunciando tres grandes cuestiones que sólo en las circunstancias de la nueva Historia podrían abordarse en términos de cambios estructurales:

a) La superación de la oposición hombre/mujer (y, por tanto, de la dominación sobre la mujer), en base a establecer la igualdad al interior de la diferencia. Ello implica una transformación profunda de las relaciones personales y, por tanto, sexuales y, por tanto, de la organización de la familia, de los procesos de reproducción cultural y de socialización psicológica. La frontera así indicada está apenas explorada en la medida en que el movimiento feminista ha tenido que luchar has-

²⁸ John W. Sewell y Stuart K. Tucker (editores), *Growth, Exports, and Jobs in a Changing World Economy*, Washington D. C.: Overseas Development Council, 1988.

ta ahora, necesariamente, con las discriminaciones más primitivas y las formas de dominación más directas. El reconocimiento de la especificidad de los valores femeninos, junto a los objetivos feministas, y la transformación de la cultura de nuestras sociedades en términos de la superación de la cultura de la dominación y de la violencia, aunque fuese practicada por igual por hombres y mujeres, es un objetivo de nuevo tipo que sólo puede plantearse más allá de la sociedad de la escasez y del mundo de la violencia.

b) La integración entre sociedad y naturaleza, entre progreso material y conservación del medio ambiente, en una relación dinámica entre ecología y economía, puede superar la oposición prehistórica entre la sumisión milenaria de la humanidad a una naturaleza hostil y la venganza de las sociedades industrializadas devorando su sustento ambiental a partir del momento en que las fuerzas productivas pudieron imponer su lógica interna. El conocimiento científico de la cadena de interacciones cósmicas, la superación del reino de la necesidad, la asunción de los valores del equilibrio entre las distintas dimensiones de la sociedad y de la personalidad, son procesos que crean las condiciones para que las nuevas formas de organización social integren intersticialmente, en toda la actividad humana, el respeto de los equilibrios ecológicos fundamentales.

c) El alejamiento de la guerra como modelo colectivo de destrucción y el vínculo íntimo entre la capacidad cultural y el desarrollo material hacen saltar los dos límites asociales (cazar para comer, matar para apropiarse del producto de la caza) que gobernaron hasta hace bien poco la lógica colectiva e individual de las sociedades. Al final de dicho recorrido el ser humano se encuentra frente a sí mismo, tiene que asumirse en su individualidad, en su personalidad, sin practicar la fuga hacia adelante en la resolución de sus problemas cotidianos de supervivencia. Naturalmente que las nuevas sociedades tendrán organización institucional y, por tanto, desigualdades y conflictos y fenómenos de dominación. Pero la lógica de dichos conflictos y el fondo de esos problemas será social, ligado fundamentalmente a las relaciones entre los seres humanos, por lo que se socava la legitimación no social de la dominación y la ocultación de los conflictos por la inevitabilidad de la lucha en la apropiación de recursos escasos. Planteados los problemas de la sociedad como expresión de las relaciones sociales, la expresión del yo y de sus relaciones con «el otro» y con «los demás» pasa al primer plano de la orientación de las

pautas de comportamiento. Es el paso de la necesidad al deseo como principio estructurante de la conducta, un proceso que probablemente acrecentará la angustia individual y colectiva pero que, al plantearse en la soledad del ser, ofrecerá al mismo tiempo las condiciones para su superación, en un proceso siempre frágil y siempre incierto del aprendizaje del yo. La exploración de nuestro mundo interior será probablemente una aventura más apasionante y más compleja que la inevitable y rutinaria exploración del universo metaterrestre.

Al vértigo del actual proceso de transición histórica sucederá un sentimiento de desconcierto aún más profundo en las fronteras de la nueva historia. En particular, las grandes teorías que explícita e implícitamente han producido las categorías con las que aún pensamos, inadecuadamente, nuestro mundo habrán revelado su completa obsolescencia. Las ruinas del marxismo no nos sirven ya ni siquiera como puntos de referencia, porque los problemas denotados por sus conceptos no se corresponden con los grandes temas de la nueva experiencia humana. La tradición liberal habrá perdido su capacidad diferenciadora de procesos, al partir de una dinámica polarizada entre el individuo y el Estado que está siendo ya superada en las sociedades democráticas para dejar paso a una diferenciación creciente entre los valores y las estrategias de los individuos que constituyen grupos selectivos y se movilizan hacia proyectos culturales desenraizados de su anclaje en la estructura social. El gran riesgo en esa situación es la tentación, empujada por la angustia del no saber, de intentar reconstruir una nueva teoría unificada del devenir histórico, empresa que se justificaba en un mundo dominado por la necesidad en la que se oponía el sujeto de la historia a la historia dominada. Pero que no puede, por definición, construirse en un horizonte histórico que se recrea constantemente a partir de la acción humana, individual y colectiva, a través de la geometría variable de las distintas dimensiones de la sociedad. En esas condiciones, tal vez haya llegado el momento de extender al comportamiento humano el mismo tratamiento científico que hemos aceptado para las otras expresiones de la materia, partiendo de los conocimientos que las ciencias sociales tienen y tendrán sobre dicho comportamiento y aceptando de entrada la diversidad y la incertidumbre de dicho conocimiento. Así, será necesario aceptar la dimensión biológica de buena parte de las determinaciones del comportamiento y la posibilidad de predicción de tendencias como prueba de las interpretaciones de los hechos so-

ciales. En suma, la apertura de un nuevo período histórico como desarrollo de la acción de la sociedad sobre ella misma debe ir acompañada de la sustitución de las teorías meta-sociales por una ciencia plural de la sociedad como principal fuente de inspiración del conocimiento sobre nosotros mismos.

En el momento en que, aun en medio de grandes contradicciones, se abren ante nosotros nuevos horizontes, el debate de ideas debe superar la constatación obvia de los estertores del viejo orden para atreverse a proponer las condiciones y los proyectos que permitan pensar el comienzo de la Historia.